



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

JUAN FELIPE PARRA GODOY

MARIO CARRITOS

BOGOTÁ

2022

ANEXO 1:

**BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI**

**INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO**

**1. TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:**

Magister en escritura Creativa

**2. TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:**

“Mario Carritos”

**3. SI AUTORIZO**  **NO AUTORIZO**

**A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:**

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, **“Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores”**, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

**IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR**

**Nombre completo:**

Juan Felipe Parra Godoy

**Documento de Identidad:**

Cédula de Ciudadanía 1015428184 Bogota

**Firma:**

Juan Felipe Parra Godoy.

ANEXO 2

FORMATO DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR O AUTORES

Apellidos	Nombres
Parra Godoy	Juan Felipe

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Esquivel González	Gloria Susana

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Magister en Escritura Creativa

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: "Mario Carritos"

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa

CIUDAD: Bogotá AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO DE GRADO: 2022

NÚMERO DE PÁGINAS: 35 páginas

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones    Mapas    Retratos    Tablas, gráficos y diagramas   

Planos    Láminas    Fotografías   

MATERIAL ANEXO

(Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual:                      Minutos.

Sistema: Americano NTSC                      Europeo PAL                      SECAM                     

Número de archivos dentro del CD (En caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado:                     

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES:

**ESPAÑOL**

**INGLES**

---

<i>Ficción</i>	<i>Fiction</i>
<i>Cine</i>	<i>Film making</i>
<i>Video Juegos</i>	<i>Video Games</i>
<i>Gótico Tropical</i>	<i>Tropic Gothic</i>

---

RESUMEN:

“Mario carritos” es el acercamiento escritural que el autor presenta como muestra de un proyecto personal que digiere e integra conceptos tomados del cine y los video juegos.

Este texto es una especie de Road Movie que acompaña el viaje de unos adultos en la búsqueda de la sensación de paz, que está perdida de su mundo cotidiano. Se trata de un texto de carretera que intenta detenerse en el ruido de un verano permanente, en la tensión de la interacción de estos personajes con la selva y el entorno paradisiaco. Las imágenes del texto se superponen a las acciones y decisiones de los personajes, para así narrar un *locus amoenus* perpetuo que consume lentamente a los personajes.

ABSTRACT:

Mario Carros” it’s a text that the author presents as a scriptural sample of a personal project that integrates concepts taken from movies and video games.

This text is a kind of Road Movie that accompanied the journey of some adults in search of a sense of peace, which is lost from their everyday world. It is a road text that tries to stop at the noise of a permanent summer, at the tension of the interaction of these characters with the jungle and the paradisiacal environment. The images of the text are subject to the actions and decisions of the characters, to narrate a perpetual *locus amoenus* that slowly consumes the characters.

## ROAD MOVIE

¡Huir, huir allá! Siento a las aves ebrias  
De estar entre la ignota espuma y los cielos.

- Stéphane Mallarmé

Este texto es una especie de *Road Movie* que acompaña el viaje de unos adultos en la búsqueda de la sensación de paz, que está perdida de su mundo cotidiano. Se trata de un texto de carretera que intenta detenerse en el ruido de un verano permanente, en la tensión de la interacción de estos personajes con la selva y en el olor del río, entre varias imágenes que intento que se alojen en el lector.

Dichas imágenes se ubican en los bordes que existen entre la literatura y el guion cinematográfico. Hereda herramientas como la narración en tiempo presente o la noción de planos. *Mario Carritos* está pensando en capítulos que buscan asemejarse a los planos secuencia, y que constantemente muestran la perspectiva del protagonista. La intención principal detrás de esta manera de narrar es detenerse en la atmósfera del texto, pensar en cómo este personaje huele, escucha o se siente dentro de la situación. Este uso de los sentidos y la imagen fue la prioridad y busqué intencionalmente dejar en un segundo plano la trama o historia.

En la búsqueda de implementar las cualidades de percepción para narrar este texto, me apoyé en gran medida de la literatura de Juan José Saer. La idea de narrar un *presente implacable* me llenó de confianza para detenerme sobre los detalles de la imagen por medio de la escritura. Quería escribir imágenes que huyen de conclusiones o que son sobre explicadas. También leí textos como *La naturaleza seguía propagándose en la oscuridad* de Andrea Mejía, que me alentaron a enfatizar la narración de atmósferas para introducir la historia sobre todo desde la percepción. Así mismo, la lectura de libros como *La mata* de Eliana Hernández y María Isabel Rueda o algunos poemas de Álvaro Mutis lograron guiarme en la construcción de estas imágenes que buscaba narrar con la precisión y el detalle de lo que es percibido con los sentidos.

*Mario carritos* narra la historia de tres adultos que, hastiados de los rituales hedonistas que comparten desde la adolescencia, deciden realizar un acto chamánico para volver a sentirse cómodos en un entorno que los llena de hastío. Por medio de estos personajes quería hablar sobre el tedio y de las prácticas que instauramos para asumir, o distraer, el aburrimiento. Jeremías y sus amigos se queman el pie para probar quién es mejor que los demás, se hacen daño solo por el hecho de divertirse. Se encierran en el condominio, una especie de fortaleza rodeada de “piscinas infinitas” para alejarse de todo, aunque son conscientes de que estos rituales se vuelven ineficientes con el tiempo. Para la escritura de este texto abrazo referentes como Celina Murga que, en sus películas, plantea personajes que, alejados del entorno, construyen una visión alterada sobre la realidad. Los protagonistas *Mario carritos* viven en un *locus amoenus* interminable, que les impide interactuar con la realidad.

La sensación de comodidad se ha perdido. El protagonista de este relato quiere volver a sentirse cómodo en rituales banales, como escuchar reguetón al borde de la piscina y sentirse feliz. Opta por buscar, junto a sus amigos, una respuesta en la espiritualidad ajena a ese entorno. Como si estuvieran buscando un milagro, ese encuentro termina por alojarlos más en los rituales hedonistas. Este texto quiere construir imágenes y situaciones que no están deliberadamente resueltas, pues están escritas para enrarecer la experiencia e intentar asumir la mirada alterada de los personajes. Es importante mencionar que la espiritualidad de estos personajes se posa en su relación con la naturaleza y con los objetos queridos. Alejandro cuenta sus sueños como si se trataran de premoniciones de los eventos futuros y el protagonista busca señales constantes en animales para sentirse tranquilo. Sin embargo, estas premoniciones y señales no son llevadas a término en el texto, puesto que son una fabricación de la subjetividad de estos personajes. No son adagios o metáforas, solo son elementos de esta atmósfera.

Dentro de *Mario carritos*, las herramientas cercanas para conocer la realidad se establecen a través de las pantallas. La película que se menciona en el primer capítulo es un recurso para dar a entender cómo los personajes utilizan la exotización para acercarse al mundo exterior y cómo viven en una realidad que los separa de la selva que los rodea. Dicha película es un guiño al documental de Maya Deren: *Divine Horsemen*, pero esta vez enrarecido. El porno que ve Kirby establece el deseo por evitar las acciones aburridas para solo enfocarse en las acciones

placenteras. En relato del porno hongkonés vemos, en las pantallas, una proyección de la película *El sabor del sake*, con el fin de recrear una atmosfera de tranquilidad absoluta en contraste con lo que se espera que ocurra en la pornografía.

En *Mario carritos*, el viaje iniciático de los protagonistas no se culmina, solo reafirma las ideas alteradas sobre el entorno en el que viven. Así pues, el chamán les vende un *performance* basado en ideas cristianas y brujería que no se asemeja a la forma de entender el mundo de los protagonistas, dejándolos a la deriva y vulnerables. El entorno, que pareciera haber sido parte de su vida, se vuelve hostil y comienza a atemorizar a los protagonistas. La idea de lo tropical deja de ser idílica y se vuelve una amenaza. En el texto existe un claro guiño al género gótico tropical que reflejan las diferentes percepciones y nociones del trópico.

Las relaciones establecidas entre los protagonistas se cohesionan en pequeñas agresiones constantes para establecer la jerarquía del grupo. Pero esta lucha se vuelve homogénea y los personajes, a lo largo del texto, se ven de alguna forma similares, pues sus reglas para relacionarse tienen un margen de comportamiento muy reducido. Omito las descripciones de algunos personajes para establecer la diferencia entre lo interior y lo exterior. Alejandro y sus amigos no cuentan con descripción física debido a que, para el narrador, ya hacen parte de su memoria cercana. Pero las descripciones del entorno y del personaje del chamán perduran en la idea de lo exterior. La amistad cercana, que se expresa por medio del contacto físico, termina por detonar el entorno hostil al que no están acostumbrados. El chamán castiga y agrede a Jeremías por considerar que darle una nalgada a Alejandro es un acto homosexual y los deja vulnerables en la selva.

A futuro, quisiera terminar este texto guiándome por las directrices planteadas anteriormente. Estos personajes se alojan, con cierto rechazo, a un mundo ordinario que no les ofrece nada más. Este texto rodante está medido y conformado de la mano de la ayuda de los profesores que hicieron parte de todo este proceso. Agradezco las directrices y consejos de Gloria Susana, que me ayudaron a establecer el sentido del escrito y me guiaron para encontrar y experimentar en la escritura, ayudándome a habitar en esta hibridación.

## MARIO CARRITOS

### Mario Carritos

En la esquina, una mujer desnuda lleva dos gallinas en las manos. Parece que el ritual empezó hace bastante. Las manos llevan el ritmo. Las manos viejas, arrugadas y morenas golpean erráticamente el cuero de la tambora. La tenue luz de los reflectores resalta el sudor en la frente de la *big band*. Cansados, viejos y arrugados los músicos intentan seguir en el ritmo de la tambora. Un anciano de gafas oscuras se prepara con un par de maracas. Arquea la espalda, frunce el ceño, tensiona los delgados labios trigueños y, con mucha energía, empieza a mover las maracas desenfadadamente.

Las vibraciones de un viejo y colorido sintetizador se esparcen por el lugar. Por breves segundos la arena vibra. Los pies descalzos de la mujer desnuda sienten las vibraciones del sintetizador. Ella toma una gran bocanada de aire y mira el cielo en busca de la luna menguante. Aprieta firmemente el cuello de las gallinas. Estas se retuercen. Las plumas de todo el animal se agitan desdibujando el ave. Los reflectores se apagan. En la oscuridad solo se puede ver la luz de la luna. La mujer morena se introduce en la pista de baile rodeada de símbolos blancos y curvos. Una voz grave anuncia que ya ha llegado la presencia del Loa. La mujer camina lentamente, arquea el cuerpo, recoge los hombros, se lame los labios y apacigua la respiración.

Busco a Jere en la oscuridad. Iluminado por la luz del televisor, Jere toma un sorbo de cerveza mientras juega Call of Duty en su celular. Se limpia el sudor de la frente, atisba un ventilador frente a él, respira hondo y sigue jugando. Las gotas de sudor caen y se secan en el amplio sofá



de un patrón textil con varios palmitos, aves de paraíso y uno que otro loro. El sonido de las ametralladoras del juego se confunde con los de la cumbia de la película.

—Jere, ¿qué putas estamos viendo? — le pregunto.

Jere, sin dejar de jugar, me cuenta que es una película colombiana de finales de los 70's. Un intento tardío de imitar el Giallo italiano. Vuelvo a mirar la pantalla. La mujer desnuda baila en la mitad de la pista. Las gallinas yacen muertas en el piso. Los pies de la mujer esparcen la sangre de las gallinas mientras bailan.

—Solo les faltó poner un par de caníbales. Al menos no está en formato documental— me dice sonriendo.

Jere se levanta y acomoda el celular en el sofá. Respira hondo, con calma. Camina hacia la cocina. Se rasca varias picaduras de mosquito en la espalda. Al lado de un arreglo de flores con lirios y un coco floreciente, Jere busca en el fabricante de hielos y saca varios. Los acomoda en un vaso. Busca un cuchillo y expulsa lentamente el aire de sus pulmones. En el techo revolotean varios mosquitos, polillas y una abeja bajo una lámpara blanca.

—¿Cómo fui a perder en ese hijo de puta gulag? Eran peleaditos, literal súper niños — me dice, mientras se acerca a la enorme nevera que ocupa toda una pared de la cocina. Busca un rato, mueve algunos vegetales con una mano mientras sostiene el cuchillo. De la nevera saca una cerveza casi congelada. La pone en el piso amarillo con rombos marrones de baldosa, que parece azulejo de mala calidad.

—¿Qué putas buscas? — le pregunto.

—Un limón mandarina y una gulupita para un refajo— responde.

Lentamente, el sudor de su cuerpo se desliza por el torso peludo. Vuelvo a mirar al enorme televisor, que está incrustado en la pared cubierta por unas machas de pintura azul que imitan el óxido. El anciano de las maracas baila sin camisa, lentamente, al son de la cumbia. Cada vez que se mueve, las costillas se acentúan en la piel brillante.

Me reincorporo. Siento cómo el sudor genera tensión entre la silla plástica y mi espalda. Busco mi camiseta y salgo a la piscina. Veo a Alejo dormido en una asoleadora. El sonido de los grillos se hace más notable. Escucho a unos gatos pelear en la oscuridad. Puedo oler la noche, el lago y el limón mandarina. Me acerco a Alejo y comienzo a meterle un dedo en la rayita de las nalgas a ver si se despierta. Alejo se mueve lentamente, pero sigue dormido. Decido meterle el mismo dedo en la nariz para ver si por fin se despierta.

Mientras intento despertar a Alejo, veo una sombra acercándose hacia nosotros. Miro fijamente hacia el límite de la casa. Es Kirby apareciendo entre las palmas arecas. Está sin camiseta, descalzo. Se acerca y me pregunta:

—¿Jugamos Mario Kart? Ahorita llegan Nico y Tomás.

—¿Cómo entraste? —le pregunto.

—Al bajarme del carrito pisé un camino de hormigas. Vine a lavarme los pies en el yacusi primero.

Alejo golpea fuertemente su pecho y mata un mosquito.

—Puto Kirby. Pareces un paraco saliendo de la selva.

Veo a Kirby meterse en el yacusi. Lentamente empieza a retirar hormigas muertas de sus pies.

—¿Qué miras, lindo? — me dice Kirby, mientras me arroja las hormigas muertas.

—En mi cuarto tengo *Bengay* si necesitas—le digo.

Kirby me sonrío y me dice:

—Nah, yo no soy Andy Milonakis.

Todos nos quedamos en silencio.

—¡Qué imbécil! Nadie entiende el referente. ¡Puto! — le grita Alejo

Kirby le arroja una hormiga muerta. En el piso, una lagartija se come las hormigas hechas bolita.

Kirby intenta imitar el sonido de la lagartija contrayendo los labios y chupando hacia dentro como en una especie de beso.

—¡Qué pendejo! Así no suenan las lagartijas. Es como un sonido con la lengua. Se corta el aire con la lengua contra el paladar. Como una especie de tsu-tsu-tsu pero más seco. Sin pronunciar mucho la ese—le dice Alejo.

—Nah, es como un beso horrible, como cuando alguien come chasqueando, como un mse-mse-mse. Por algo le llaman beso de bruja—responde Kirby.

—A nadie le importa— le responde Alejo.

Una María Mulata se acerca al yacusi. Mata y se come a la lagartija.

—¡Puro miedo! — me dice Alejo mientras me pica el ojo.

Entre los arboles se escucha a la María Mulata graznar. El sonido ahuyenta a varios pájaros que huyen debajo el cielo lleno de estrellas.

—Vamos por cerveza— nos grita Jere desde la casa.

Caminamos al parqueadero. Me subo en la parte de atrás del viejo carrito de color vino tinto. Mientras Jere conduce a la tienda, Alejo intenta contarnos que soñó con un perro que tuvo cuando estaba en Ibagué. Pero me distraigo con la pantaloneta de Kirby de hojas verdes y monos amarillos, dibujados en estilo realista. Parecen serigrafía. En el camino veo los árboles iluminados por la luz de las piscinas. Las ondas del agua se mueven infinitamente entre los árboles y en uno que otro matorral.

–Era muy *sad* porque Lucas caminaba con una pierna coja y tenía un ojo cerrado– nos dice Alejo mientras pasamos debajo de los árboles en movimiento.

–¿Qué le paso a Lucas? – pregunta Kirby

Alejo lo mira fijamente y se queda en silencio varios segundos. Luego mira nuevamente la carretera. Suelta una frase que corta a la mitad. Se acerca lentamente a Kirby, se rasca un ojo, aclara la garganta. Toma aire. Apunta con el dedo índice a Kirby antes de hablar.

–Sapo gonorrea– le dice con suavidad mientras sonrío.

–Te has vuelto blandito– le dice Jere a Kirby.

–Neh, solo he perdido algo de pelo –responde.

–Pero en mi sueño el viejo Lucas estaba intacto. El *man* podía hacer *back flips*. Parecía el papá de Kirby anoche. El *man* perfecto – nos dice Alejo sin dejar de mirar a Kirby.

–Nel, a mi papá no le gustan que sean pitoflan– le responde Kirby.

–Sí, seguro. ¿Pie caliente o miedo?– nos pregunta Alejo

–Miedo–respondo.

–Total, no quiero llevarlos ahorita a la clínica de especialistas– interrumpe Jere.

–Lo que digas, mami– responde Alejo.

Alejo saca el pie desnudo del carrito. Jere deja de acelerar. Kirby acomoda el pie descalzo unos centímetros sobre el asfalto. Yo también acomodo mi pie cerca del asfalto. Jere apaga y prende las luces. Esa es la señal. Intento sostener el pie sobre el asfalto el mayor tiempo posible. Uno... dos... tres... cuatro... me digo suavemente. Respiro hondo. Intento concentrarme en los postes de luz. El dolor me gana y lo levanto. Acomodo la planta del pie sobre mi pierna. Retiro una piedrita que se quedó incrustada. El sonido del motor eléctrico se esparce por la carretera iluminada a medias. Uno a uno los postes de luz empiezan a apagarse.

–¡Chúzale, puto! No vamos a llegar– le grita Alejo a Jere.

–¿Quién gana? – nos pregunta Kirby mientras masajea el pie con fuerza.

Alejo mira a Kirby y señala una estrella en el cielo. Kirby intenta ver lo que señala. Yo también intento ver qué hay en el cielo. Alejo continúa apuntando al cielo en silencio. Luego mira hacia su mano y nos hace pistola.

–Te la comiste toda – le dice Alejo mientras sonrío.

Continúo mirando al cielo. Veo las estrellas mientras el carrito, en silencio, sigue lentamente por la carretera rodeada de palmeras y casas a medio iluminar. Espero que algo pase en el cielo.

Que una estrella cambie todo.

–¡Chúzale, *men!* No lo logramos – grita Kirby mientras se aprieta fuertemente la planta del pie con los dedos pulgares.

–Cálmate, *men*– responde Jere.

Pasamos una caseta de seguridad. Al guardia no se le ve el rostro por la oscuridad, pero puedo ver su rifle de metal mal pulido. Andamos unos metros y la carretera se siente irregular. Las luces del carrito alumbran la angosta carretera rodeada de fincas y arboles multiformes. Presiento que nos acercamos a la pendiente. Jere toma despacio la última curva antes de la recta. Al llegar a la pendiente, mueve la palanca de cambios a neutro. El carrito agarra velocidad mientras se desliza por la carretera. No veo muy bien por donde vamos. Siento el aire frío en la cara. Ojalá no se atravesase una zarigüeya o un gato.

—¿Qué es esa mierda? —pregunta Kirby señalando una luz roja que brilla tenue al final de la carretera.

La luz se acerca rápidamente hacia nosotros. Jere sostiene el timón de plástico con fuerza. Alejo me mira fijamente.

—Tranquilo— vocaliza y yo sonrío a medias.

Miro hacia adelante. Sospecho que ya viene el policía acostado y me agarro fuerte del techo.

Jere se levanta del asiento. Aprieta los dientes

—Jueputa— grita.

El carrito golpea muy fuerte el policía acostado y se eleva unos centímetros en el aire. Al caer, siento un golpe seco en la espalda. Un corrientazo me recorre la pierna izquierda. Después de varios metros, el carrito empieza a detenerse lentamente. La luz roja nos alcanza. Son dos peladitos semidesnudos en una Yamaha R15 vieja y desgastada. Jere intenta poner el carrito en marcha, pero la palanca no encaja. En la oscuridad, puedo oír a Kirby respirar fuertemente. El peladito acelera mientras aprieta el *clutch*. El exhosto resuena en el espacio como disparos. Jere

logra encajar la palanca y acelera, pero el carrito es muy lento. Los peladitos de la R15 nos alcanzan, nos sonrían, frenan y se devuelven.

– ¿Qué putas acaba de pasar? –nos dice Jere, mientras busca en su celular una canción–*Men*, agarra el timón–le dice a Kirby, mientras continúa buscando la canción.

Puedo sentir los *beats*. Se aceleran con el paso del tiempo.

–¿Es en serio? –le dice Alejo a Jere –. Esa canción de noche mientras manejamos. ¡Qué cursi!

–¿Under the Moon?– le pregunta Kirby, mientras tararea la canción

–¿Por qué la odias si todos somos Claptone?

–¿De que hablas? – le pregunto.

—Claptone es una deidad que habita en cada uno de nosotros – dice Jere mientras canta la canción.

–¿Quién te lo dijo? ¿Wikipedia? – le responde Alejo.

–¿Por qué una deidad?

–Una noche el *man* tocó en Cartagena y en New York al mismo tiempo. Claptone no es un ser humano, sino una deidad que habita dentro de los *Djs*. De pronto todos somos parte de Claptone. Por eso estamos aquí en estas vacaciones infinitas– dice Jere, mientras le sacude suavemente el pelo a Kirby.

Siento mi pierna golpear contra una varilla protectora del carrito. Veo a Jere mover el timón abruptamente. Pasamos una mancha blanca que se difumina en la carretera. Jere hala la palanca

para prender las luces altas. Intento acostumbrar mis ojos a lo que ahora está iluminado. Creo que lo que pasamos es una nube o un trapo viejo para asustar a los perritos de finca.

—¿Qué putas? — les pregunto.

—Creo que pasamos un vestido de novia— nos dice Jere

—Las novias son Claptone — responde Kirby.

—Qué bobazo. Tu papá es Claptone— replica Alejo.

Nos detenemos a ver el vestido de novia que está rodeado por conos color naranja. Detrás de un alambre de púas, un perro se acerca enojado y comienza a ladrar. Varios perros de diferentes tamaños corren enojados hacia al carrito. Con la poca luz veo los colmillos amarillos y deformes de los animales. Jere acelera. Recojo mis piernas en la silla. Los perros enanos corretean al carrito y puedo ver de cerca cómo intentan alcanzarnos mientras gruñen en la oscuridad.

—Los perritos también son Claptone — nos dice Jere mientras el *beat* suena en la oscuridad.

—Los perritos odian Claptone. Marica, creo que soñé con esto anoche—nos dice Alejo.

Al llegar a la tienda, los perros se devuelven. Jere parquea el carro en frente de una finca en la oscuridad. Se acerca al timbre y lo oprime varias veces. Esperamos un rato. Dentro de la casa se prenden las luces y se ilumina un pequeño niño Jesús que está amarrado a un árbol de mango. Un adolescente aún dormido y semi desnudo nos ofrece cerveza, cigarrillos y aguardiente.

—¿Pero, qué onda ese vestido? — nos pregunta Alejo.

—¿Tecate? — Nos sugiere el adolescente

—¿Águila, cierto? — grita Jere.



–Lo pusieron para ahí secarlo– dice Kirby.

–¿Cuál es más barata? –pregunta Alejo.

–Si lo estuvieran secando, no lo pondrían en la mitad de una carretera. Piensa, Kirby, pendejo– grita Jere desde la entrada de la casa.

–Si hablan de un vestido de primera comunión es porque ayer vieron al taita cerca a los manueles—nos dice el adolescente aún dormido.

–¿Cómo así el taita? — pregunto.

–Porque el vestido es de alguien puro y aleja las cosas malas y así– nos dice el adolescente mientras levanta las manos en señal de comillas.

–20 Tecates mejor–dice Jere.

–Con cuidado y los asustan de devuelta—nos dice el adolescente sonriendo.

Jere paga y nos vamos.

El camino de vuelta al condominio lo siento largo. Intento ver en la oscuridad algo. Creo que Alejo nos metió en esto y no sé como decir que no. Extrañaré las tardes de piscinas infinitas, los días que no empiezan ni terminan, el tiempo que no pasa. Lo seguro y abandonado que se siente todo.

–¿El taita es Clodomiro? – nos pregunta Kirby mientras sorbe la cerveza.

–El taita es el Claptone, pero Claptone Claptone, como la brisa fría con olor geranio que te despierta en las noches sin razón, o escuchar el *beat* de los tambores en tu mente. Es Claptone en persona— responde Jere.

–¿Los manuales es un lugar? ¿O son tipos? –pregunta Kirby.

De camino a mi casa intento ubicar el olor a geranio en mi mente. Pero al respirar hondo solo puedo sentir el olor del asfalto caliente y a gasolina.

### **Sunset Riders**

Pon atención al televisor. Un paisaje desértico irrumpe en la pantalla. Del cielo gris se cuelan varios rayos de sol. Pequeños troncos muertos reposan sobre la arena, por donde pasa un lago blanco, lechoso y espeso. Intenta ubicar el lugar. Pequeñas partículas blancas reflejan la luz en el aire, como escarcha. Al cambio de plano, una serpiente flota en el aire. No te duermas. La oscuridad rodea el lugar. La serpiente gris es iluminada por la luz del documentalista. El animal, que flota por los cielos, se acerca al lechoso lago y, de la nada, se introduce en él. De repente, la serpiente se apresura a salir del lago de salmuera y, mientras flota, se retuerce. La voz se detiene. El animal arquea su cuerpo de mil formas, anudándose con gran agilidad en un agradable frenesí. Mientras se estremece, me percató del color de las escamas: el verde oliva por momentos se vuelve negro. El documentalista no corta. La serpiente asciende hacia el cielo. Al rato la línea marina se recupera. Miro a la pared y veo como, en la oscuridad, la luz del televisor inunda de azul la habitación. Observo mi cuerpo. Soy consciente de nuevo de mi respiración. Esta imagen ocupa toda mi existencia un rato. Veo la hora en mi celular. Ya se ha pasado la hora de dormir hace mucho. Apago el televisor. Un pequeño reflejo de luz morada se cuelga por la ventana. Miro los matices violetas en la oscuridad. Elevo mi mano sobre la cara e intento que mis ojos se acomoden. Solo veo manchas más oscuras que otras. ¿A que se refería el narrador con lago de salmuera? En el techo, las aspas de ventilador golpean el pesado aire

caliente. ¿Por qué putas se metió en el lago de salmuera? ¿Le pareció divertido? ¿Lo hizo para suicidarse?

—Siri, pon alarma a las ocho de la mañana.

Espero que algo pase en la finca de Clodomiro. Que pase algo nuevo. Un día, otro día y otro. Así por un tiempo. Eso será todo, sin *cliffhangers*. Ojalá todo esto en que nos metió Alejo no sea un lago de salmuera

Dejo el celular al lado de la almohada.

Siento la boca seca. Me reincorporo y todo se mueve. En mi ojo izquierdo puedo ver una mancha negra translúcida. Creo que me levanté muy rápido. Salgo a la sala en busca de un vaso con agua. El ventilador de aspas de madera gira lentamente. Sirvo en el vaso y tomo una gran cantidad. Me atraganto con el agua. Escupo el resto. Alcanzo a ver como, cerca a la piscina, un gato gris se lame la panza. Creo que es Romeo. Busco en la nevera pollo. Me acerco a Romeo. Me gruñe y le gruño de vuelta. Le dejo el pollo a un lado y él se lo come mientras me mira. Miro la palma de mi mano izquierda y palpo la cicatriz que tengo. Calculo que mide alrededor de cinco centímetros. Se la enseño a Romeo. El gato me mira esperando más pollito. Un gato negro aparece y se pone a jugar con Rome. Me siento en el piso a mirarlos. Les acerco pollo.

—Ojalá nos volvamos a ver —le digo.

Vuelvo a la cama.

Abro los ojos, veo en el techo veo una mancha de humedad. Tiene forma de perro. Ya es de día. Busco algo más en que distraerme. Veo por la ventana un pequeño jet atravesar el cielo rosado y romper las nubes lentamente. Puedo ver el calor que sueltan las turbinas. Los pequeños trozos de nube flotan en un cielo cada vez más rosado. Pequeños rayos de sol se escapan por los

espacios entre las palmeras y golpean directamente mis ojos. Hundo la mano en el colchón e intento sentarme en el borde. Paso saliva. Busco la hora en el celular, pero está apagado. Oigo los pájaros cantar y sospecho que no es tan tarde. Vuelvo a dormir otro rato.

Palpo el piso con mis dedos, buscando el cargador del celular. Siento los botones de un control. Miro debajo de la cama y encuentro un enorme escarabajo muerto de color azul oscuro metalizado. Brilla como la pintura de un carro nuevo. Saco el control y oprimo los botones. La consola se prende. Busco qué jugar en el emulador de juegos clásicos. Escojo Sunset Riders. Esta vez será con el mexicano de sombrero rosado. La aventura empieza. Disparo, me muevo, avanzo por los niveles. Recolecto dinero. Más disparos. Agarro la escopeta. Las imágenes son repetitivas. Me aburro. Me levanto de la cama. Miro por la ventana. Una a una, las nubes avanzan entre las montañas.

Busco una maleta. Empaco algunos shorts, camisetas, bóxers y *flip flops*. En una camiseta beige con un *print* de una ola Hukosai encuentro una mancha. Al olerla sospecho que es bronceador solar. Puedo sentir el amargo olor del cloro flotar sobre el agua de las piscinas. Pienso en un recuerdo de mi infancia: estoy caminando descalzo sobre un piso blanco y poroso. Luego estoy nadando hacia mi papá con temor. En los hombros retengo el sol de la tarde. Mis manos arrugadas agarran una hamburguesa con sabor a cloro. Me quejo de mi desnudez. En el piso veo una pequeña lagartija de lomo azul.

—Pide un deseo— me dice mi papá mientras señala la lagartija. Desearía no tener que pedir deseos para sentirme bien.

Camino hacia la entrada de la casa y me siento debajo del parqueadero hecho de guadua. Le escribo a Flor un mensaje de texto. Puede venir a cerrar la casa. Me responde OK con varios emojis de caritas felices.

Me siento en la entrada y espero a que Jere aparezca. Miro directamente al sol. Cierro los ojos. Respiro. Una lagartija pequeña se acerca a mi pie.

Creo que esto sí es un lago de salmuera. Escucho reguetón en una casa cercana.

*No hay que encontrar el atardecer*

*hay mucho de mí que te faltó conocer*

*si la vida me da de nuevo el placer*

Escucho cantar a varios adolescentes.

Ojalá el reguetón y el brillo del sol sobre las diminutas olas de las piscinas hubiera bastado.

## **Work Bitch**

Una vieja Toyota Land Cruiser color agua marina intenta derrapar en una curva. El enorme carro se sacude, se detiene, vuelve a acelerar a fondo y luego para justo en frente de mí.

–Mueva esas nalgas y súbase– me grita Alejo, mientras saca la cabeza por la ventana del copiloto.

Al subirme le agarro una tetilla a Jere. Me acomodo en la banca trasera. Jere acelera.

–¿Te asustase?

–Neh, creo que ya no es chistoso. En la universidad lo era– interrumpe Alejo.

–Me da algo de pena con los vecinos.

–Kirby no viene. Se asustó. –me comenta Alejo.

Me recuesto en la banca de cuero de color beige. Está llena de pequeñas resquebrajaduras. Intento dormir un rato más. Abro los ojos. Me despierta el sonido de la música. De fondo suena *Everytime* de Britney Spears. Acostado en el asiento trasero, veo el cielo por la ventana del carro. Intento adivinar dónde estoy. Pasamos varias ceibas. Luego un mango criollo que, por un instante, ocupó todo el firmamento. Siento el olor a asfalto caliente. Está anocheciendo. Sospecho que vamos a mitad de camino y me reincorporo. El cuero resquebrajado del asiento me lastimó la piel mientras dormía. Veo en mi brazo pequeñas laceraciones.

–*Everytime* es la mejor canción de Britney—dice Alejo.

–Cero. Es *Work Bitch*. Hasta se puede bailar. Ponla, ponla— responde Jeremías.

–Después – dice Alejo.

Mientras conduce, Jere busca la canción en su celular. La vieja Toyota Landcruiser se sacude fuertemente. Jere le sube el volumen al radio de botones plásticos, desgastados por el paso del tiempo. El *beat* acelerado de la canción continúa, mientras el sonido del motor resuena en la carretera. Jere toma las curvas por la mitad, para evitar girar fuertemente. Veo edificaciones enanas brillar torpemente en la noche.

–¿Todo ok, lindo? -me dice Jere mientras me aprieta fuerte la pierna. Yo solo sonrío y sigo el *beat* con mi cabeza.

–Suave, *men*. Cero afán. Voy a poner de nuevo *Everytime*. Esa canción es tan grande que Harmony Korine la puso de *soundtrack* en *Springbrakers*.

—¿Quién es Harmony Korine?— pregunto.

—Su papá, marica— dice Jere, mientras mira a Alejo.

—El suyo, que aún tiene carros de narco noventeros.

—Es verdad, cada vez que meto el clutch se me entumece la pierna. Pero tiene una suspensión  
*ARB*— responde.

—Anoche te perdiste de la borrachera de Kirby—me dice Alejo—. El *man* se emborrachó y comenzó a hablar sobre cómo había encontrado el mejor porno del mundo.

—¿Qué porno?

—Porno expandido o algo así. Marica, anoche lo busqué. Más o menos va de que alguien te habla muy rápido en mandarín. Nunca hay subtítulos, entonces tienes que esperar a ver qué pasa, nadie te explica o te da a entender. Como que está diseñado para Oculus y puedes ver todo el *set*, que es un apartamento diminuto en Hong Kong. Según Kirby, al voltear la mirada en un televisor estaban dando *El sabor del sake* de Ozu. Pero yo lo vi en mi celular, me toco mover el celular por todo el cuarto para ver todo. Después, al cambio de plano, una señora con un tapabocas se desnuda y se tarda un montón eligiendo ropa. Por alguna razón, o por un mal script, ya no estás acostado sino desayunando con ella y te habla, pero nunca entiendes nada. Tampoco se quita el tapabocas. Solo le puedes ver los ojos. Dura muchísimo, como que te vas sintiendo en diferentes lugares. Ya no estás desayunando, sino caminado por las calles de Hong Kong y comprando con ella. En un momento es aburridor porque, claro, esperas que la experiencia empiece y la vieja se quite la ropa. Pero tarda mucho tiempo y, por alguna razón, en cualquier pantalla del relato ves la peli de Ozu. Después de media hora, llegas a una habitación y todo se vuelve muy porno. Al final de todo, salen tres pantallas y se ven como recuerdos tuyos con ella. Como estar

desnudos en un día lluvioso o comer ramen en un local feo en Hong Kong. Ojalá todo fuera así. Como pequeños planos expandidos que solo te muestren las cosas bonitas de tu vida.

Jere aparca el carro en medio de un lote de tierra al borde de una montaña. Caminamos hacia una tienda de cemento y paredes blancas. El techo de tejas naranja esta lleno de hojas podridas. Esperamos a que Jere se baje del carro. Puedo ver la construcción continuar al borde de la montaña, pero esa es más moderna, tiene ventanas en aluminio.

—Cómprenme algo mientras voy al baño— nos grita Jere.

Al entrar a la tienda se escucha un viejo vallenato. Unas lámparas del flúor intentan iluminan el lugar. Todo se ve blanco con tonos verdes. Camino entre los productos empacados con plástico y el olor a plástico se propaga por el calor.

La música continúa con un son alargado que parece interminable. El tendero canta los coros:

*Solo dios sabe que me pasaría...*

El vallenato también se propaga por el minimercado. El tendero, con una voz paternal, nos indica que, si queremos ir, el baño está afuera.

—Aprovechen que después de esta tienda solo les venden cosas chimbas — nos dice.

Ni Alejo ni Jeremías parecen estar cerca. Los busco con la mirada y no están. Busco entre los estantes algo que comer. Me acerco a un estante lleno de velas de colores y formas. En la parte de atrás veo pequeños frascos de aceites con nombres como “7 potencias” o “Llama dinero”.

—¿Qué putas? Este *man* nos va a echar eso.

En el piso veo unas velas negras en forma de bebé y otra vela que está untada de color rojo. Me agacho y encuentro una vela que parece ser un santo sin cabeza.



Pago un paquete de platanitos dulces. El tendero me mira a los ojos y me pregunta a dónde vamos. Yo solo sonrío y salgo. Me acerco a Alejo, que está sentado en una silla plástica comiendo unos chips de chocolate de colores y fumando un cigarrillo. Me siento a su lado. La noche ha rodeado todo y no puedo distinguir la línea del horizonte.

Vemos los carros pasar por la carretera. Las luces de las farolas rojas se difuminan por la velocidad. Cuando los carros dejan de pasar, el sonido de los pájaros se hace más evidente. No existe nada, solo esta tienda en medio de este mar de oscuridad. A lo lejos suena otro vallenato que retumba en el ambiente junto al sonido de los grillos, las chicharras y el resonador de las farolas eléctricas.

–Voy al baño–comento.

Camino hacia el baño guiado por un aviso en madera. Al entrar a un patio pequeño puedo ver las paredes que están decoradas con grafitis navideños. Uno de los murales dice Colombia 1986. Intento encontrar el baño, pero todas las puertas de madera se ven iguales. Me decido abrir una que está en una pequeña construcción, cerca de lo que creo es la casa principal.

–El baño no funciona. Tienes que ir adentro– me dice una niña, mientras señala una de las puertas de la edificación grande.

Me quedo en silencio, intentando buscar qué puerta es.

–La de aluminio– me dice la niña mientras se limpia una camisa rosada de Pepa Pig acompañada de un letrero que dice Santorini.

Le agradezco y entro a la habitación.

Al entrar, veo una señora sin una pierna que está sentada sobre una cama. Está viendo Cristo Visión en un viejo televisor. Un ventilador con una pantallita digital indica 23 grados.

—Siga, ese es el baño—me dice y continua en silencio viendo el programa.

Al entrar al baño me raspo la pierna con una mata de sábila que está ubicada al lado de la puerta. No puedo ver bien la herida porque el baño está a medio iluminar con un bombillo amarillo.

Abro la llave con algo de pudor. Me lavo la cara y me miro al espejo.

—Después de esto vas a estar melo— me digo.

Salgo del baño. La señora repite los Amén cada vez que, en el televisor, un cura moreno y bajito habla. No la interrumpo pero, antes de salir del cuarto, la señora me mira directo a los ojos.

—Que Jesús lo proteja.

—Gracias— le respondo.

Camino hacia el carro intentando no tropezarme con el piso resquebrajado.

—¿Dónde estabas lindo? — me pregunta Jere que sigue sentado en la silla plástica roja.

—Me demoré un montón encontrando el baño.

—Yo no lo encontré entonces me fui a un arbolito.

Veo a la niña de la camisa de Pepa Pig encender con una vela un volcán de pólvora y correr junto a otros niños. Puedo sentir el olor a papel quemado mezclado con la pólvora. El volcán alumbraba la cara de Alejo y Jere. Los niños ríen desde lejos. El volcán continúa disolviéndose entre el fuego de varios colores. Contemplo el fuego consumirse. Los niños corren cerca del

fuego. Un perro corretea a un niño y lo muerde. Todos intentan jugar mientras rodean la montaña de fuego.

—Puro miedo— dice Jere desde la silla plástica.

—No prendan volcanes que esta noche les rasgan las piernas—grita el tendero.

Los niños corren entre risas y gritos.

—Muchachos, está tarde para andar por acá. Es peligroso. Esto en una época era zona roja—nos dice el tendero mientras, con un balde de agua, se acerca a unas plantas de sábila y las riega.

—Yo fui al baño en la casa. Una señora sin una pierna, que veía Cristo Visión en un televisor súper noventero, me dijo donde quedaba.

—Como la Toyota de su papá verde acuarela—replica Alejo.

—¿Noventero? Lo mataste, ya no es chistoso— digo.

—Te encantó el chiste— me dice Jere sonriendo.

*...Quiero que seas mi estrella*

*Para que ilumines siempre*

*nuestro camino al andar...*

El tendero canta mientras silva y lanza el agua. Jere suspira para aguantar la risa.

—...Princesa de un cuento de hadas, no quiero que seas...—canta Alejo.

—...Yo también tengo el alma destrozada.

Y el corazón dolido... - sigue Jeremías.

Miro cómo un palo de madera, transformado en un poste de luz, ilumina el tosco carro del papá de Jere en la implacable oscuridad.

—Una viejita sin pierna. Te creo cero— Me dice Jere mientras se sube al carro.

—*Men*, vamos y te muestro — le digo.

—Cero— irrumpe Alejo

En la carretera solo se ve el reflejo de las luces del carro. El celular nos indica que ya casi vamos a llegar. Jere detiene el carro al llegar a una finca en medio de la carretera rodeada de varias ceibas gigantes.

—¿Quién abre la reja oxidada? —pregunto.

Alejo se baja y lo ayudo a abrir. Luego de andar varios metros por la trocha que llega hasta la casa, la vía se pone peor. Jere lucha con el barro. Logra avanzar y parquea el carro enfrente de una enorme y alta edificación blanca con cortes geométricos muy cuidados. Al bajarnos nos recibe el hijo de Clodomiro, quien nos guía hacia una sala abierta que está decorada con cuadros religiosos. En un cuadro puedo ver el cuerpo de un joven con el torso desnudo trabajando en una carpintería con su familia. Los cuerpos parecen estar desproporcionados en comparación con el lugar.

Miro hacia la piscina con borde infinito que está rodeada de palmas arecas rojas. Tendida sobre una asoleadora veo una chaqueta de militar.

—¿Quieren una aguapanela?

—Sí, aguanta— responde Alejo—¿Donde esta la casa en la selva de madera?—nos dice mientras se ríe.

De la oscuridad, justo al lado de las palmas arecas, aparece Clodomiro. Es un hombre de alrededor 1.50 de estatura que está peinado con gel hacia un lado. Viste un pantalón de paño azul clarito y una camisa blanca de lino con mangas cortas. Nos da la mano. Al estrecharla puedo ver, en uno de sus dedos gordos, un anillo de oro con puntos negros.

–El agua panela está caliente. Tengan cuidado– irrumpe el hijo de Clodomiro.

–Muchachos, se demoraron. Cantemos un ratico– nos dice Clodomiro.

El hijo de Clodomiro busca un control remoto, oprime un botón y uno de los cuadros se vuelve una pantalla de Karaoke. Parpadeo y Clodomiro está frente a nosotros. Su hijo acomoda un atril con un ipad y Clodomiro reduce la intensidad de las luces. El ambiente amarillo se apodera de la sala de estar. Las luces crean muchas sombras. Luego de unos segundos, sobre la pantalla, aparece la imagen de un desierto con dunas. Clodomiro entona las notas de la canción. Creo que es Vivir la vida de Marc Anthony, pero en francés. En la pantalla, un señor canta en frente de lo que, sospecho, es una mezquita. Clodomiro canta fuerte y claro. Después de terminar de cantar, Clodomiro nos pide que nos sentemos.

–¿Les gustan los cuadros?

–Sí, supongo– le responde Alejo.

–Algunos cuadros son de Giotto, el pintor de Dante en *La divina comedia*.

–Mm, ok— le dice Jere mientras toma un sorbo y sonríe.

Clodomiro junta sus diminutos labios y chifla para llamar a su hijo.

–Ahora a cavar – nos dice Clodomiro.

El hijo de Clodomiro nos guía a un cuarto.

–me pueden dejar el pago debajo de la almohada –nos dice el hijo de Clodomiro antes de retirarse.

Miro por la ventana varios mosquitos volar cerca a un bombillo.

Siento el borde de una toalla golpear con fuerza mi pierna, Alejo nos golpea con la toalla enrollada mientras canta vivir la vida en español.

–Jueputa malparido me dolio. – grita Jere.

Busco en mi maleta la pantaloneta rosada con caras de tigres.

–Si me frito mucho me cuidas -le digo a Alejo.

–Es cero grave, estas muy paranoico, no todo tiene un discurso o un hiper discurso, solo es un chaman chimbo que trama outsiders o gente como nosotros, hasta la finca es peye. La gente que viene acá solo viene a drogarse con misticismo. Es un evento social, unos quince años, un asado, o algo así. Pero aquí todos somos los homenajeados, con cierta apariencia solemne que todos respetamos. Pero nada lindo, es solo para drogarse, nada va a ser distinto, nunca nada va a tener sentido. – Me dice Jere.

–No lo mates, va a funcionar y vamos a renacer como hombres nuevos – Nos dice Alejo.

Miro por la ventana y veo a una lagartija de lomo azul acercarse al bombillo para comerse los mosquitos que revolotean en la luz blanca.

Jere me abraza, Alejo se une al abrazo nos quedamos en silencio un rato.

–El que se muera es gay– Grita Alejo mientras me nalguea.

## Los niños Santos

Golpeo fuerte la tierra con la pala. La pala, a su vez, golpea una enorme roca translúcida; parece alabastro. Parpadeo varias veces para evitar que el sudor entre en mis ojos.

—Como la mezquita. Dios solo hay uno y Mohamed es su profeta.

¿Por qué dije eso? Es solo una piedra de río. ¿Eso lo canto Clodomiro en el Karaoke? Golpeo nuevamente la piedra. El sonido hueco y metálico asusta a unos periquitos amarillos que juegan cerca. Golpeo nuevamente.

—Muchachos, miren. Encontré un alacrán. Ya le quité la espiga— nos grita Clodomiro mientras, entre sus manos gordas y morenas, sostiene un pequeño alacrán morado que brilla bajo el imponente sol—. ¡Qué buen presagio!

Camino devuelta a mi hoyo. Cada paso se hace interminable. Llevamos cavando toda la noche ¿Y si simplemente nos mata y nos roba el carro? Introduzco nuevamente la pala. Remuevo la tierra lentamente. Gotas de sudor caen en la tierra negra. Rápidamente se secan

—Respira hondo.

Vuelvo a introducir la pala en la tierra. Retengo el sol de la mañana en mi cuerpo desnudo. Me detengo. Miro a Jere cavar su hueco debajo de un gran árbol de caucho. Ojalá sobre mi tumba creciera una ceiba. Cierro los ojos. El sonido del río ocupa mi mente. Puedo olerlo, no está muy lejos. Cada vez es más difícil introducir la pala. Los brazos se sienten como dos varas largas y ya no encuentro la robustez de mi cuerpo. Es como si hubiera perdido peso, pero no fuerza. Escucho los grillos cantar más cerca. Me limpio las orejas con el dedo. Los grillos están más cerca. Suelto la pala y me limpio el hombro izquierdo. No hay ningún grillo. Cada palpito se siente en la garganta. Siento que voy a vomitar las palpitations del corazón.

—Muchachos, tomen más para que bajemos al río. Tienen que limpiarse primero antes de morir— nos grita Clodomiro.

El hijo de Clodomiro se acerca con una bandeja. Agarro un pocillo de pasta descolorido y viejo que tiene figuritas de los Power Rayers. Tomo un sorbo de jugo. Sabe a guayaba y una parte del sabor se queda en el paladar. Reconozco que también sabe a chicle, pero a un chicle que ha perdido el sabor con el tiempo. Tiene un aroma penetrante y se aloja sobre la lengua como la grasa. Paso la lengua por el paladar, pero el sabor no se quita. Suelto la pala y me siento al lado del hueco. Ojalá hubiera visto esto en una película, así no tendría que estar acá, alguien más lo hubiera experimentado por mí. Clodomiro se me acerca y comienza a golpearme con unas plantas que no reconozco. Solo puedo aguantar los latigazos que no duelen. No siento la piel, lo único que realmente siento es la cabeza hinchada. Cierro los ojos y escucho el río acompañado del sonido de la tambora. Una tambora vieja.

—Ya el hueco está listo. Dejen las palas a un lado— nos dice Clodomiro.

Me siento al lado de mi hueco, cierro los ojos e intento descansar. Siento gotas de alcohol sobre la espalda. Abro los ojos. Clodomiro danza y escupe aguardiente sobre mi cuerpo. El hijo de Clodomiro arroja carne cruda alrededor de los huecos. Clodomiro me ayuda a pararme, me señala un camino entre los árboles. Caminamos entre la naturaleza, pero no puedo reconocer nada. Al mirar al cielo, varios pájaros negros sobrevuelan el área donde hicimos los huecos. Nos acercamos al río, lo puedo oler. Siento un dolor intenso en el pie izquierdo. Tengo una abeja pegada en el pie. Alejo la señala y me sonrío. Caminamos por varios minutos y llegamos al río. El hijo de Clodomiro nos espera en una vieja moto Honda roja. Se acerca a nosotros y nos entrega una vela negra. Clodomiro nos pide que nos desnudemos e ingresemos al río. Hago fila



detrás de Alejo. Clodomiro saca de una bolsa de tela una pequeña lagartija y la sacude alrededor de nuestro cuerpo sin tocarnos.

–Qué lindas nalgas, *men*– le dice Alejo a Jere mientras se ríe detrás de Jeremías.

–Gracias *men*, a mi novia le encantaban– responde Jere con mucha dificultad.

Alejo nalguea a Jere y los dos se ríen con poco ánimo.

–Eso no – grita Clodomiro mientras empuja a Jere.

Jere empuja a Clodomiro de vuelta. Clodomiro cae cerca a unas rocas.

–Gordo hijo de puta se va a pudrir en la fosa. Primero calvo que con trenzas–le grita Clodomiro a Jere.

Me introduzco en el río y empiezo a flotar con la vela en la mano. Escucho al río fluir con fuerza alrededor de mis oídos. A lo lejos puedo oír a Jere discutir. Me concentro en el cielo azul sin nubes. Debajo del agua oigo el sonido de dos rocas golpear, es similar al sonido de la tambora. Todo suena. Floto por un tiempo. Parece que va a llover. Varias nubes moradas se acercan desde un lado del cielo. Cierro los ojos e intento no hundirme.

Un trueno me asusta. Me reincorporo. No veo ni a Jere ni a Clodomiro ni al hijo de Clodomiro. Camino a la orilla veo a Alejo botado debajo de un naranjo.

–Nada, *men*, no sé dónde está Jere– me dice mientras me entrega mi pantaloneta de baño. Es rosada y tiene ilustraciones de caritas de tigres.

El cielo se torna morado. Cada vez veo más nubes. Me acerco de nuevo al lago y vomito negro. Siento lágrimas en la cara y me las limpio con afán.

—Vamos por Jere— le digo a Alejo, mientras siento que mi cuerpo está bien de nuevo.

### **Honda super Cub 90**

Un rayo. Otro rayo. La cara de Alejo se ilumina por segundos. La lluvia golpea las palmeras. El olor a humedad se hace más fuerte a medida que pasan los minutos. La tierra húmeda suelta un vapor morado que se puede ver en la oscuridad. Intento ver la cara de Alejo esperando a que otro rayo lo ilumine.

—¿Cómo estará Jere? —me pregunta.

Tomo una gran bocanada de aire. La lluvia golpea mi cuerpo semidesnudo.

—¿Te sigue doliendo el pie? — me pregunta, mientras sus dedos esqueléticos aplastan mosquitos.

En el cielo nublado un rayo se divide en varios pedazos. Siento su mano pesada golpear mi cabeza.

— ¡Pendejo respóndeme!

—No tanto— le respondo.

Alejo se apoya en mi hombro para levantarse. Veo su espalda con algunas raspaduras. Los relámpagos lo iluminan mientras camina hacia la moto del hijo de Clodomiro. Con cada paso que da grita una grosería. Sus pies descalzos se posan en las piedras mojadas.

— Intentemos prender esta mierda— me grita desde lejos.

Me acerco a la moto despacio y recojo mis hombros, como si eso sirviera para aguantar el aguacero. Abro el *switch* y le doy patadas de arranque. Alejo se limpia el barro de la pantaloneta

de baño. Luego retira las gotas de lluvia que le escurren por el mentón. Sigo intentando sin ningún resultado. Acomodo mi pie en la palanca de cambios.

—¡Qué güevas! La moto está enprimerada.

Intento dar una patada de arranque. Después de varios intentos, la moto prende. Acelero un poco. Sonrío. Me duele mucho el pie derecho. Me agacho. Toco el pie en la oscuridad y me doy cuenta de que no tengo uña. La lluvia golpea mi dedo gordo desnudo.

—¿Que putas?

Sorbo los mocos que se me escurren por la cara.

—La palanca del arranque me quitó la uña—respondo.

Acerco mi cara al dedo, pero no veo nada. Con las yemas llenas de barro intento tocar el dedo gordo del pie.

—Vámonos por favor, yo manejo—me dice Alejo.

La débil luz de la moto alumbra la carretera destapada. Alejo le da equilibrio a la moto con los pies descalzos mientras avanza entre las piedras.

—Que hijo de puta ese *man*— me grita mientras nos acercamos a un riachuelito.

—¿Tu crees que pasamos?

— Dale, si frenas duro nos pelamos —le digo y pongo mis brazos en sus hombros. Alejo acelera duro. Mientras pasamos el riachuelo, la moto lucha para no apagarse.

—Marica, ¡acelera! ¡Acelera! —le grito.

Me levanto. Intento levantar también la moto y Alejo me ayuda. En mi pantaloneta, sobre una de las caras de los tigres, veo una mancha de sangre. Con las manos palpo mi cuerpo buscando sangre. Alejo intenta limpiarse una pequeña herida en su codo.

–Marica, maneja– me dice.

–Ayúdame a prenderla.

Alejo acomoda su pie en la palanca y, al intentarlo, se le resbala. Intenta varias veces sin lograrlo. El tablero eléctrico de la moto ilumina de verde pálido la carretera.

–Nos cagamos esta mierda – me dice.

– Alejo, la patada no es tan duro. Es como con maña.

Pongo mi mano en el pie de Alejo para que no se vuelva a resbalar.

–Patea duro.

La moto prende de una. El ruido del motor dos tiempos inunda el espacio, mis pensamientos y a Alejo.

–Ten cuidado con el exhosto– le digo.

La lluvia se siente como agujas que entran por la piel. Si acelero me duele más. Pienso que ojalá encontremos a Jere. La mediocre luz de la moto alumbró el inicio de la carretera asfaltada. No nos falta mucho, creo que son como 25 minutos. En las curvas la moto colea. Siento que está pinchada. Debe ser el peso de dos manes de más de 80 kilos.

–Me estás haciendo contrapeso en las curvas. Si te duermes, nos pelamos. Tenemos que rodear la finca– le digo.

Alejo me agarra un pezón en señal de que está despierto. La moto se siente cada vez peor. En la última curva casi nos caemos. En el camino veo una estación de gasolina vuelta verga. Al entrar veo que no esta pavimentada. Cuando me bajo de la moto siento la tierra húmeda filtrarse en mi dedo gordo.

–¿Por qué paramos? – me pregunta.

–Creo que estamos pinchados.

Me detengo y veo un grupo de soldados refugiándose de la lluvia, debajo del techo de metal. Con las manos mojadas aprieto la llanta trasera. No la puedo espichar, lo que significa que aún tenemos aire. Me acurruco al lado de la moto. Intento no mirar el pie. Desvió mi mirada hacia la ceiba y miro fijamente a los soldados quienes, inmóviles, reposan los brazos en sus rifles. Alejo busca más heridas en su cuerpo. Un viejo poste de luz ilumina el lugar. Emite un sonido de transistor que se disipa entre la montaña. Varios mosquitos, saltamontes y luciérnagas rodean la luz naranja, revoloteando con frenesí.

Me percato de que una hormiga rodea mi dedo sin uña. Con el dedo chiquito del pie la aplasto. La hormiga espichada aferra su mandíbula al dedito. No me duele. Veo la hormiga luchar contra el dedo. Miro a Alejo y luego la carretera. Escucho a los soldados murmurar desde lejos. Rezan. El sonido de las chicharras se confunde con las distintas voces. Ojalá nuestros cuerpos no terminen en la ciénaga flotando. Los rayos iluminan el cielo y alumbran a las nubes por varios segundos.

– Al hijo de puta le molesto que nalgueara a Jere – me dice Alejo.

–Nada, que nos pelen. Vale verga todo. Después de todo no tendremos que hacerlo nosotros mismos.

Alejo me mira fijamente. Sonríe y deja caer lentamente su mano en mi cabeza. Escucho el golpe hueco expandirse en la nada.

—Deja el drama. Solo quiero llegar a la casa, prender el yacusi y jugar un rato Mario Kart. Ver el porno de Kirby y que Jere aparezca. Ojalá no esté en la boca de un caimán—me dice mientras sonrío.

En el cielo veo las nubes moradas cubrir todo el firmamento. El sonido de las chicharras se acentúa. La lluvia disminuye. En la carretera una rana salta en un pequeño charco.

—Solo nos faltó renacer del puto hueco— me dice Alejo.

Bufo en señal de que lo escucho.

—¿Cómo nos dejamos meter este cuento? Somos unas locas— me dice Alejo mientras escupe al piso.

Somos unos perdedores, pienso.

Que más da todo es por diversión escucho decir a Alejo mientras se monta en la moto.